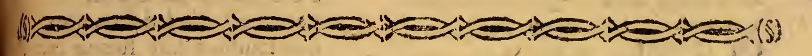
LAS BIZARRIAS DE BELISA.

COMEDIA FAMOSA

DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Hablan en ella las personas siguientes.

Belisa, *Dama.*	Fabia, *criada.*	Julio.
Finea, *su criada.*	D. Juan de Cardona.	Conde Enrique.
Celia, *Dama.*	Tello, *su criado.*	Fernando, *criado del Conde.*
Luciada, *Dama.*	Octavio, *Galan.*	



JORNADA PRIMERA.

Sale Belisa con vestido entero de luto galan, flores negras en el cabello, guantes de seda negra y valona, y Finea.

Fin. Así rasgas el papel?
Bel. Cánsame el Conde, Finea.
Fin. Qué ingratitud!
Bel. Que lo sea:
me manda amor.
Fin. Fuego en él,
que pienso que no es tan vario
en sus mudanzas el viento.
Bel. Navega mi pensamiento
por otro rumbo contrario:
castigó mi voluntad
el cielo.
Fin. No sé si diga,
que justamente castiga,
señora, tu libertad.
Tanto despreciar amantes,
tanto desechar maridos,
tanto hacer de los oídos
arracadas de diamantes,
claro está, que habian de dar
en ocasion al amor,
para vengar tu rigor.
Bel. Bien se ha sabido vengar.
Fin. O qué bien los has vengado
con querer ahora bien
á quien, ni aun sabes á quien,
ni él tan poco tu cuidado!
Tus desdenes con razon
ahora diciendo estan,
qué se hizo el Rey Don Juan?
los Infantes de Aragon
qué se hiciéron?
Bel. No presumas,
que de esta mudanza estoy
arrepentida, aunque doy
agua al mar, al viento plumas;
porque tengo la memoria

de este necio amor tan llena,
que juzgo poco la pena
para tan inmensa gloria.
Llaman?

Fin. Sí.

Bel. Pues quiero hablarte
con mas espacio despues:
mira quien es.

Fin. Celia es,
que ha venido á visitarte.

Sale Celia.

Cel. Prospere tu vida el cielo.

Bel. No sé, Celia, si querrá
tener ese gusto ya.

Cel. Ya la novedad recelo:
dixéronme que te habian
visto con luto en la calle
mayor, aunque gala y talle
la causa contradecian:
y hallo que todo es verdad;
pero tanta bizarria
no es tristeza.

Bel. Celia mia,
murió.

Cel. Quién?

Bel. Mi libertad.

Cel. Es imposible que en tí
haya faltado el desden.

Bel. No es faltarme, querer bien?

Cel. Tú quieres bien?

Bel. Yo.

Cel. Tú? *Bel.* Sí:
ya cesarán mis rigores.

Cel. Veré primero sembrado
de estrellas del cielo el prado,
y el cielo de yerba y flores,
y trocando el natural
efecto, veré tambien
á la envidia decir bien,
y á la virtud hablar mal:
veré a ciencia premiada,
y á la ignorancia abatida,
que es la verdad bien oida,
y que la lisonja enfada,
y el imposible mayor
dar honra al que está sin ella;
que crea, Belisa bella,
que puedes tener amor.

Bel. Una tarde (quando el sol
dicen que en el mar se esconde,
y se le ponen delante
las cabezas de los montes,
quando por aquella raya,
que con varios tornasoles
divide el cielo y la tierra,
y los dias y las noches,
nubes de púrpura y oro
van usurpando colores
á las plumas de los ayes
y á las ramas de los bosques)
iba sola con Finea,
amiga Celia, en mi coche,
tan sol de mi libertad,
quanto luego fuí faetonte,
que nunca verás tan altas
las soberbias presunciones,
que no las fulminen rayos
como á las soberbias torres.
Era en la parte del prado,
que igualmente corresponde
á esa fuente castellana,
por la claridad del nombre,
que tambien hay fuentes cultas,
que aunque obscuras, al fin corren
como versos y abanillos,
quiera el cielo que se logren.
Iba Finea cantando
en gracia de mis blasones
finezas del Conde Enrique
(que ya conoces al Conde,
y á sus papeles escritos,
para que, quando me toque,
como papel de alfileres,
tenga papeles de amores)
ya mis locas bizarrias,
desprecios y disfavores;
como si hubiera nacido
de las entrañas de un roble;
quando veo un caballero
con el semblante conforme
al suceso que esperaba;
volvió la cara, y paróse
á escuchar quien le seguia:
pero con pocas razones,
desnudando las espadas,
los ferreruelos descogen.

El que digo, el pie delante
con el contrario afirmóse,
gala y valor, que en mi vida
ví hombre tan gentil hombre:
no era el otro ménos diestro;
no te parezca desorden,
que siendo muger te cuente
lo que es bien que ellas ignoren;
que aunque aguja y almohadilla
son nuestras mallas y estoques,
mugeres celebra el mundo,
que han gobernado esquadrones:
Semiramis y Cleopatra
Poetas é Historiadores
celebran, y fué Tomiris
famosa por todo el orbe.
No has visto quando dos juegan,
que sin conocerse escoge,
uno de los dos, quien mira,
sin que el provecho le importe,
y quiere que el otro pierda,
sin saber que esto se obre
por conformidad de estrellas,
que infunden inclinaciones?
Pues de esa suerte mi alma
súbitamente se pone
al lado del que juzgaba
por mas galan y mas noble.
Alzó el contrario de tajo,
á quien mi ahijado embebióle
una punta, con que dió
en tierra; mas levantóse
presto, porque despues supe
que traia un peto doble
de Milan, labrado á prueba
del plomo, que muros rompe.
Acudiéron á este punto,
tirándole varios golpes,
tres hombres á mi galan,
cosa indigna de Españoles.
Pero dicen entre amigos,
que el enemigo perdone,
que solo es vil el que huye,
y valiente el que socorre.
Con razon ó sin razon
salto de mi coche entónces,
quito la espada al cochero,
que arrimado á los frisones
miraba á pie la pendencia,
todo tabaco y vigotes,
como si estuviera el necio
de la plaza en los balcones,
y el Conde de Cantillana
acuchillando leones:
y partiendo al caballero,
me pongo de Rodamante
á su lado, cosa estraña!
en fin hombres de la Corte,
pues se volviéron humildes,
los que llegáron feroces.
Agradecido el galan
de dos tan nuevas acciones,
comenzó á hablarme, y no pudo,
porque de léjos dan voces,
que la justicia venia,
que no hay Santelmo en el tope
despues de la tempestad,
que como una vara asome.
Díxele, en mi coche entrad,
que si los caballos corren,
porque estos no son de aquellos
que repiten para cofres,
presto estaremos en salvo.
Entró el galan, y sentóse
en la proa, y yo en la popa,
como campos fronte á fronte.
Viendo que nadie venia,
templó el cochero el galope,
y en la fuente castellana
para descansar, paróse.
Yo siempre que voy al prado
llevo un bucaro, tomóle
el cochero, y diónos agua;
díle yo una alcorza, y dióme
las gracias en un requiebro,
que la mano agradecióle.
Con esto le persuadí
á que dexando favores,
me contase la ocasion
de la pendencia, que sobre
cosas de amor sospechaba,
que hay profetas corazones,
pues antes que la dixese,
zelos me daban temores,
que el que ha de matarla, sabe
la garza entre mil alcones.

En fin, dixo de esta suerte:
ahora á escucharme ponte,
para que como él á mí,
de mi desdicha te informe.
Yo soy Don Juan de Cardona,
hijo del señor Don Jorge
de Cardona, Aragones,
y Doña Juana de Aponte:
nací segundo en mi casa,
y así, mi padre envióme
á Flandes, donde he servido
desde los años catorce
hasta la edad en que estoy:
volviéron informaciones
de mis servicios, y cartas
de aquel angel, que coronen
los cielos, Infanta de Austria,
de divinos resplandores,
tia del Rey, que Dios guarde.
Pretendí luego en la Corte
á guisa de otros soldados:
pero entre otras pretensiones
de un hábito, ví una tarde
con otro de chamelote
un serafin de marfil
con toda el alma de bronce:
quedé sin ella, seguíla,
servíla, y agradecióme
la voluntad, retirando
todo lo que no es amores:
gasté, empobrecí: mi padre
enojado descuidóse
de mi socorro; y Lucinda,
que este es desta dama el nombre,
desdeñosa á puros zelos
me mata viéndome pobre;
que no hay finezas que obliguen,
ni lágrimas que enamoren.
Quando esto dixo, quisiera
sacar los ojos traidores,
que por otra habian llorado;
mirad qué envidia tan torpe:
prosiguió, que la pendencia
fué por ser competidores
él y el galan, porque teme
que si la obligue, la goce.
Finalmente, pára el caso
en tantas lamentaciones,
que sin saber por qué causa,
quise arrojarle del coche;
él llorando, y yo sin alma
llegamos casi á las once
á mi posada, roguéle
que me viese, y respondióme,
que seria esclavo mio,
con mil tiernas sumisiones,
y despedido é ingrato
á ver su dama partióse.
Quedé tan necia, que apénas
sé por qué, cómo, ni dónde
amo, envidio, y con los zelos
temo que loca me torne,
porque pienso que es castigo
de aquellos tiranos dioses
Venus y Amor, de quien hice
burla, y los llamé embaidores.
Troqué las galas en luto,
la libertad en prisiones,
la bizarria en descuidos,
y en humildad los rigores.
Ni voy al prado, ni al rio,
no hay cosa que no me enoje,
á la música soy áspid,
veneno á fuentes y flores,
soy, no soy, vivo, no vivo,
y entre tantas confusiones,
ni sé dónde he puesto el alma,
ni ella misma me conoce.
Cel. Es suceso tan extraño,
que á no ser tuyo, no fuera
posible que le creyera:
pagas justamente el daño
que has hecho á tantos, ingrata:
locura debe de ser
querer, quien otra muger
dexa, aborrece y maltrata:
pero de tu entendimiento
la mayor locura ha sido,
Belisa, no haber querido
divertir el pensamiento.
Ya no vas, como solias,
al prado, ni al soto?
Bel. No,
que mas me entretengo yo,
Celia, en las tristezas mias;
que en el lugar mas remoto

con mayor descanso estamos.

Cel. Así vivas, que salgamos
estas mañanas al soto.

Bel. Si va á decir la verdad
(que encubrirla no es razon,
ni á mi justa obligacion,
ni á tu segura amistad:)
con la ocasion de este mes,
de tantas damas paseo,
salgo al campo, á ver si veo
quien me ha de matar despues:
mas ni en sotos, ni en retiros
le he visto, ni él vuelve á verme.

Cel. Como en otros brazos duerme,
no despierta á tus suspiros:
pero salgamos mañana,
que en mi buena dicha espero
hallar ese caballero,
que tengo por cosa llana,
que si le vuelves á ver,
y mas despacio mirar,
no solo no le has de amar,
pero le has de aborrecer,
que muchas cosas agradan
miradas súbitamente,
mas pasa aquel accidente,
y vistas despacio enfadan.

Bel. Ay, Celia, yo quiero darte
crédito, y seguir tu voto:
disfrazada voy al soto.

Cel. Y yo quiero acompañarte.

Bel. No ha de salir el aurora
quando estés aquí.

Cel. Si haré.

Bel. Dar á tus consejos fe
mis esperanzas mejora,
porque de la luna el velo
mirado con atencion
descubre manchas, que son
indignas de tanto cielo. *vanse.*

Salen Don Juan de Cardona, y Tello criado.

Juan. Tello, el amor no gusta de consejos,
y mas del inferior.

Tello. Qué mayor prueba
de que el amor es loco
sin los consejos de la vida espejos?

Juan. Y para el ciego amor es cosa nueva
tener la vida, y aun el alma en poco.

Tello. Quien tiene vista, al que le falta guia,
que si entrambos son ciegos, van perdidos:
quando tu amor, Lucinda, agradecia
estaban disculpados tus sentidos:
pero ahora que quiere bien á Octavio
es infamia de amor sufrir su agravio,
sino buscar remedio.

Juan. Qué remedio?

Tello. Poner otros amores de por medio,
que así se curan quantos han querido,
porque otro amor es el mas breve olvido.

Juan. Con qué dinero, necio?

Tello. No todos los amores tienen precio,
méritos tienes, ama,
ha de faltar una mostrenca dama
que te quiera por gusto?

Juan. Majadero,
amores en la Corte sin dinero,
y mas ahora que tan caro es todo?

Tello. Pues yo no sé otro modo,
ni hay Médico en el mundo, que tomando
el pulso á un amador aborrecido,
no le recete otra muger.

Juan. Si quando
voy á buscar de tanto amor olvido,
se me pone delante la hermosura
de Lucinda, podré yo por ventura
decir amores á otra cara?

Tello. Bueno,
una purga es veneno,
y por tener salud la toma un hombre.

Juan. Tello, ya no hay muger que no me asombre.

Tello. Alexandro lloraba, porque habia

un mundo solo, que con uno solo
dixo que no podia
con tanta tierra y mar de polo á polo
satisfacer su pecho;
tú lo contrario has hecho,
que sola una muger en Madrid quieres,
habiendo treinta mundos de mugeres,
morenas, pelirubias, gordas, flacas,
unas mudas de lengua, otras urracas,
discretas, mentecatas, bachilleras,
ayrosas en las burlas y en las veras:
hay enanas, hay largas como trampa,
unas con pie de Apóstol consoladas
del ponleví, que imprime poca estrampa,
y otras, que en vez pudieran de arracadas
traer las zapatillas;
hay lazaras mugeres de amarillas,
que salen del sepulcro de las camas,
y otras, que de clavel parecen ramas;
hay romas, hay pioquintas,
unas que se contentan con dos cintas,
y otras como tarascas de dineros,
que engullen mayorazgos por sombreros;
unas piadosas, y otras socarronas,
tales severas, tales juguetonas;
unas mudables por andar mas frescas,
y otras firmes de amor, como Tudescas:
pero en siendo mugeres, sean morenas,
sean blancas ó no, todas son buenas.

Juan. Qué pintura tan necia!

Tello. Pues yo, señor, qué he dicho de Lucrecia
la casta, y en camisa,
de Porcia y Artemisa,
una avestruz de hierros encendidos,
y otra sepultura de maridos?

Juan. Ay puerta! ay dulces rejas!
á Lucinda llevad mis tristes quejas.

Tello. Pues ya que llegas, llama.

Juan. Aun llegar á llamar teme quien ama.

En la reja Fabia, criada.

Fab. Quién llama? quién está ahí?

Juan. Dile, Fabia, á tu señora,
que estoy aquí.

Fab. No es ahora
tiempo de llamar así.

Juan. Por qué razon?

Fab. Porque está
desnudándose.

Juan. Tan presto?

Fab. No fuera término honesto
abriros la puerta ya:
id con Dios, D. Juan, que habemos
de madrugar, para ir
al soto.

Juan. Qué vengo á oir
tal crueldad!

Tello. No hagas extremos:
mira que en la calle estás.

Juan. Fabia, Fabia, espera.

Fab. Espero,
qué quereis?

Juan. Dí que la quiero
una palabra no mas.

Fab. Bueno, en comenzando á hablar
tanto vendrás á empeñarte,
que venga el sol á rogarte
que la dexes acostar.

Juan. Abre, Fabia.

Fab. Qué locura!

Sale á la reja Lucinda.

Luc. Con quién hablas?

Fab. Con Don Juan
de Cardona.

Luc. Y qué diran
de tanta descompostura
en la peor vecindad
que tiene calle en Madrid?

Juan. Lucinda hermosa, advertid
que es linage de crueldad
indigno de un caballero
como yo tratarme ansi.

Luc. Lo que Fabia os dixo aquí

daros por disculpa quiero,
porque habiendo de salir
del alva al primer albor,
no será razon, señor,
que no me dexeis dormir:
el afeite natural
en el buen sueño reposa,
que no se levanta hermosa,
muger que ha dormido mal:
id con Dios, y presumid
que os amo y tengo respeto.
Juan. Que yo me fuera, os prometo,
señora; pero advertid
que ver á Fabia turbada
tan necios zelos me ha dado,
que pienso que lo ha causado
el estar vos ocupada:
abrid, que con solo entrar
luego me vuelvo á salir.
Luc. Esta no es hora de abrir,
ni de dar que murmurar;
que hay vecina tan liviana,
que para escuchar despierta,
apénas oye la puerta,
quando ocupa la ventana:
hacedme esta cortesia
de que os vais.
Juan. Es imposible
sin entrar.
Luc. Ya estais terrible!
Juan. Amor, Lucinda, porfia,
que le lleve á vuestra sala
solo á dexar estos zelos.
Luc. Ponerme en tantos desvelos,
ni es cortesia, ni es gala:
id con Dios, que puede ser
que os resulte algun pesar.
Juan. Pues vive Dios, que he de entrar,
y que lo tengo de ver.
Luc. Golpes á mi puerta?
Juan. Y coces
hasta ponerla en el suelo.

Salen Octavio y Julio con broqueles y espadas.

Oct. A tanta descortesia,
y á tan loco atrevimiento,
saldrá el honor desta casa
á castigar vuestros zelos:
la puerta está abierta, entrad.
Juan. No era sin causa el tenerlos:
vuesas mercedes me digan
si son hermanos ú deudos
desta dama, ú son galanes?
Oct. Pues que no quiere entrar dentro,
donde supiera quién somos,
á fuera se lo diremos.
Juan. Salgan, y sabrán tambien
con los zelos, ó sin ellos,
que soy Don Juan de Cardona.
Tello. Y yo Tello su escudero.
Luc. Hay, Fabia, qué haré?
Fab. Acostarte,
y dense.
Luc. Sin alma quedo.
Juan. Aquí, Tello.
Tello. Vengan otros,
que estos ya huelen á muertos. *va.*

Salen el Conde Enrique y Fernando, criado.

Cond. Bravo Mayo.
Fern. No permite
distancia sin flor al suelo.
Cond. Con las estrellas del cielo
en el número compite.
Fern. Crecido va Manzanares.
Cond. Imita al que ruin nació,
que quando crecer se vió,
despreció los patrios lares;
que al humilde nacimiento
sucede como á este rio,
que descubre en el estío
su arenoso fundamento:
ó bien haya aquel discreto
que quando se mejoró
de fortuna, se quedó
con aquel mismo sugeto:
no disminuye el valor,
ántes muestra en parte alguna
quien desprecia la fortuna,
que la merece mayor.
Muchos conozco yo aquí
tan discretos en su estado,
que todo lo que han mudado,

es lo que hay fuera de sí.
Pero esto aparte dexando,
y viniendo al desatino
con que aquel desden divino
me quiere matar Fernando;
cómo no ha venido á ser
de aquestos campos aurora,
que ya dice el sol, que es hora
de salir, y amanecer?

Fern. Estaráse componiendo
de galas y bizarrias,
con que estos festivos dias
sale de aurora riendo,
y en este verde teatro
hace la madre de amor.

Cond. Yo, que adoro su rigor,
y su desden idolatro,
conjuraré su donayre,
para que venga.

Fern. Ya espero
que te obedezca ligero
su espíritu por el ayre.

Cond. Ponte el sombrero, Belisa,
pluma blanca y randas negras,
aunque no ha menester plumas
quien en tales pies las lleva.
Ponte al espejo, y retrata
en su cristal tu belleza,
para que tengas envidia
de que nadie te parezca.
Que tú sola de tí misma
puedes trasladar las señas,
formando tú y el cristal
otra mentira tan bella.
Mira que te aguarda el soto,
y que en su verde alameda
aun no han cantado las aves,
por esperar que amanezcas.
Peynate el pelo á lo llano,
y no le rices en trenzas,
que si te ven la jaulilla,
harás que las aves teman.
Mira que rosas y lirios
para salir á la selva,
no rompen la verde cárcel,
hasta que les des licencia.
Sarta de cuentas de vidrio
vanda de tu cuello sea,
porque quando te la quites
quede convertida en perlas.
Con las flordelises de oro
ponte la verde pollera,
pues que son pueblos en Francia
mi esperanza y tus defensas.
Para que la cuesta baxes
á tus chinelas acuerda,
que hay muchos ojos que suben,
quando se baxan las cuestas.
Ponte en la cabeza rosas,
y en los zapatos rosetas,
de manera que en los pies
y en la cabeza se vean.
Aunque yo tengo mas zelos
del pie, que de la cabeza,
que aunque toda vas florida,
no á lo ménos toda honesta.
Ven á matar de mañana,
aunque el amor forme quejas,
que esté durmiendo el aurora,
y tú, Belisa, despierta.
Si alguno te dice amores,
destos que de hablar se precian,
dí que no vas á mirar,
sino solo á que te vean.
Así, discreta Belisa,
segura del soto vuelvas,
que no te engañen los ojos
esto que llaman guedejas.
Ponte el manto sevillano,
no saques mas de una estrella,
que no has menester mas armas,
ni el amor gastar sus flechas.
Mas ayrosa vas tapada,
y al fin con ménos sospecha,
que matando quando miras,
te conozcan, y te prendan.
Bien puedes salir, que ya
los ruiseñores comienzan
á ser campanas del alva,
para que la tuya venga.

Fern. Quedo, no conjures mas.

Cond. Por qué?

Fern. Porque ya se acerca.

Cond. O conjuros amorosos,
divina teneis la fuerza.

Sale Belisa con la mayor gala de color que pueda, manto y sombrero de plumas, y Finea de la misma suerte.

Bel. A dónde Celia quedó?
Fin. Con unas amigas queda
sentada orilla del rio.
Bel. Como no tiene mis penas,
cansóse de verme andar
buscando la causa dellas.
Mucho es, que aquestas mañanas
Don Juan al soto no venga.
Fin. Tendrále preso Lucinda.
Bel. Cómo? si Don Juan se queja
de sus desdenes y engaños.
Fin. Qué bien sus zelos consuelas!
Bel. Ay, Finea! el Conde.
Fin. Amor
hoy quiere que coger puedas
en el soto de Madrid
los azaares de Valencia.
Cond. Ya es tarde, Belisa ingrata,
para encubriros de mí,
que dentro del alma os ví,
en cuyo espejo os retrata:
ya que los campos de plata
la dorada aurora pisa,
no envidien su dulce risa
las aves, fuentes y flores,
quando con mas resplandores
sale á los nuestros Belisa.
Y aunque con sola una estrella
podeis dar luz, no es razon,
que esconda el manto á traicion,
la que ha venido con ella:
descubrid, Belisa bella,
la que venis ocultando,
mátenme entrambas, que quando
es tan cierta la victoria,
bien es que partan la gloria
de haberme muerto mirando.
La mayor honestidad,
que fué de la villa espejo,
le debe al campo el despejo
de su verde soledad:
descubrid, mirad, matad,
que es cruel razon de estado
mostrar con el desenfado
de que amor se maravilla,
bizarrias en la villa,
y desdenes en el prado.
Bel. No por veros me encubrí,
quando me alegré de veros.
Cond. Gracias al amor, y al campo
en que mas humana os veo:
quereis escucharme?
Bel. Sí,
que tan cortés caballero
no dirá cosa en mi agravio.
Cond. Oid.

Salen Don Juan y Tello.

Juan. No descubro, Tello,
en todo el soto á Lucinda,
y en su casa nos dixéron,
que habia salido al campo.
Tello. Que nos engañáron temo,
que esto de enviar al soto
siempre ha sido mal agüero.
Juan. No estará, Tello, Lucinda
con Octavio por lo ménos.
Tello. Bravo reves le pegaste.
Juan. Como le sentí en el pecho
defensa, tiré por alto.
Tello. Si no llega gente, creo
que en Enero vuelvo á Julio,
tiréle un tajo, y abriendo
el broquel, subió tan alto
por esos ayres el medio,
que apartadas las estrellas
pienso que no estuvo un dedo
de descalabrar la luna.
Juan. Vengué con sangre mis zelos,
mas mira, por Dios, si ves
á Lucinda.
Tello. Preguntemos
por ella. *Juan.* A quién?
Tello. A este soto
exército de conejos.
Diga, señor Manzanares,
saca-manchas de secretos,
á quien debe su limpieza
la informacion de los cuerpos:
el que lava en el verano
lo que se pecó el invierno,
cuya espuma es de xabon,
cuyas orillas de lienzo,

ha visto vuesa merced
una muger de buen gesto,
muy enemiga de amores,
muy amiga de dineros,
que desde pobres acá
la perdió Don Juan por serlo,
y con ella una criada,
centella de aqueste fuego,
que le hurta los borradores,
como los Poetas versos?
Habla el rio: esa muger,
que habeis perdido, escudero,
está en casa con Octavio
almorzando unos torreznos,
con sus duelos y quebrantos:
tal me vinieran los duelos.
De qué lo sabeis, buen rio?
De que estoy en su aposento,
en un cántaro, que al rostro
le doy el primer bosquejo.
Oyes lo que dice el rio?
Juan. Oigo que vienes muy necio.
Fin. Señora, señora, escucha.
Bel. Qué quieres?
Fin. Don Juan y Tello
estan junto á aquellos olmos.
Bel. Señor Conde, yo me atrevo,
en fe de vuestro valor,
que me aguardeis un momento
junto á aquel coche, entretanto
que con aquel caballero
hablo dos palabras solas.
Cond. Si siendo zeloso puedo
ser cortés, iré forzando
mi paciencia, á obedeceros;
pero sufrir que un galan,
Belisa, os diga requiebros,
mas viene á ser baxo estilo,
que amoroso sufrimiento.
Bel. No es galan, aunque lo es,
y así no hay de que ofenderos,
pues el nombre de marido
siempre mereció respeto:
de Aragon viene á casarse
conmigo, que os vais os ruego,
que no es de cobarde amante
en público ni en secreto,
para no perder la dama,
dexar el campo á su dueño.
Cond. Qué, estais casada?
Bel. No sé,
esto han tratado mis deudos.
Cond. Por cierto que él es galan!
Bel. No os parece que me empleo
justamente en él?
Cond. Despues
os responderán mis zelos. *Vase.*
Bel. Señor Don Juan, los soldados
y caballeros, tan presto
olvidan obligaciones?
Juan. Señora mia, no pienso
que os ha ofendido mi olvido,
falta sí de atrevimiento:
dos mil veces he querido,
obligado á lo que os debo,
ir á besaros la mano,
y á resolverme no acierto.
Qué buena ventura mia,
pues la he tenido de veros,
que esta mañana me traxo
donde tan hermosa os veo!
qué bizarra! qué gallarda!
qué talle! qué lindo aseo!
qué jardin se debe á Mayo?
Quándo Abril se fué lloviendo
tantas rosas, tantas flores?
Qué ayrosamente el sombrero
(coronel de vuestros ojos,
timbre de vuestros cabellos)
os hace Marte del soto
belicosamente Venus,
para matar, y dar vida
á los mismos que habeis muerto!
Bel. Lisonjas despues de olvidos?
despues de agravios, requiebros?
guardadlos para Lucinda:
despues de ingrato, discreto?
no, señor Don Juan, vos sois
Cardona? vos caballero
de Aragon? No hay mas disculpa,
que decir quiero, y no tengo
de perdido por Lucinda?
Cómo os va con ella? hay zelos?
hay desdenes? hay galanes?
ya se deben de haber hecho
las amistades, hablad:

de qué os suspendeis?

Juan. No puedo
deciros de mis desdichas
mas de que loco amanezco
en su calle, donde el sol
me dexa, quando por cercos
de oro en el mar de occidente
argenta el rubio cabello,
hasta que peyna el del alva
con los rayos de su eterno
curso, ilustrando los ayres,
dorando el verde elemento,
qual suele por verde selva
zeloso novillo huyendo
de su contrario, en los troncos
romper la furia soberbio,
temblar las ramas, sonando
por varias partes los ecos,
cubrir de polvo las nubes
arañando el seco suelo:
así yo la calle asombro,
para mí selva de fuego,
rompiendo á las duras rejas
con mis suspiros los hierros.

Bel. Qué linda comparacion!
qué bien aplicado exemplo!
qué bien pintado novillo!
qué amanecer! qué concepto!
Sois Poeta?

Juan. Quién, señora,
no ha hecho malos ó buenos
versos amando, que amor
fué el inventor de los versos?

Bel. En lo tierno se os conoce:
quereis hacerme un soneto
á una muger que castiga
la fortuna, amor y el tiempo?
la fortuna por soberbia,
por venganza el amor ciego,
y el tiempo con derribar
sus bizarros pensamientos;
tan necia, que quiere á un hombre,
despues de tantos desprecios,
que está abrasado por otra.

Juan. De componerle os prometo;
pero advertid, que no soy
culto, que mi corto ingenio
en darse á entender estudia.

Tello. Ninfa del sombrero al sesgo,
quiere veinte y dos palabras?

Fin. Quite veinte, y diga presto.

Tello. No sois vos de mala casta:
yo soy un mozo moreno,
natural de Calahorra;
ya he dicho las dos, si tengo
de hablar mas, prorogue el pacto.

Fin. Por no estorbar nuestros dueños,
llegue cerca, y diga.

Tello. Digo.

Salen Lucinda con sombrero de plumas, y Fabia.

Luc. Ya te he dicho lo que siento.

Fab. Pues cómo, si quieres bien
á Don Juan, le estás haciendo
tiros con Octavio, á un hombre
que te adora?

Luc. Porque espero
á puros zelos rendirle,
de manera que troquemos,
la esperanza en posesion,
y el amor en casamiento.

Fab. Por mal le quieres llevar?

Luc. Reducido á tal extremo
él se casará conmigo.

Fab. Por bien no es mejor consejo?

Luc. Ay, Fabia, aquí está D. Juan!

Fab. Y no está ocioso á lo ménos.

Luc. Gentil muger! bravo talle!
hasta el socarron de Tello
tiene su poco de dama.

Juan. Si habeis tenido deseo
de conocer á Lucinda,
ahora vereis si tengo
buen gusto.

Bel. Es esta?

Juan. No veis
en la mudanza que han hecho
mis ojos, que quiere el alma
salir á verla por ellos?

Bel. Vos estais bien empleado,
con tanto, con ella os dexo.

Juan. Antes no, que quiero yo
probar tambien á dar zelos.

Bel. De eso tengo de servir?

Juan. Ya que por mi amparo os tengo,

suplícoos, pues no os importa,
que entre los dos la matemos.
Bel. Ahora bien, va de matar:
qué es esto que intento ? ay cielos!
estoy loca? soy quién fuí?
quién en tanto mal me ha puesto?
Luc. Suplíco á vuesa merced,
mi reyna, la del sombrero
blanco, que por otra tal
me preste ese caballero,
(que si le ha menester mucho,
y ha sido galan al vuelo
para hablarle dos palabras)
que le volveré tan luego,
que apénas sienta su falta.
Bel. Ninfa del sombrero negro,
y los guantes de achiote,
no entra bien con el pie izquierdo,
si viene á tomar la espada,
porque es terminillo nuevo
pedir el galan prestado:
pero que sepa le advierto,
que soy como amigo ruin,
que ni convido, ni presto:
voy bien?
Juan. Extremadamente:
decidle mas.
Bel. El despejo
con que me pide el galan,
que es alma de aqueste pecho!
quereis mas ?
Juan. Matadla, muera.
Luc. Ay, Fabia, que estoy muriendo!
Bel. Pero sobre qué le pide?
quizá nos concertarémos
á manera de mohatra,
con prendas, rivete y tiempo,
porque no hay diamantes chinos,
oro en Tibar, ni en el cerro
de Potosí plata, ni ambar
en la Florida, por...
Luc. Quedo,
no pase de por...
Bel. Por qué?
Luc. Porque si es amor mohatrero,
no tengo mas prendas yo,
que palabras, juramentos,
papeles, firmas, engaños.
Bel. No hacemos nada con eso,
vuesa merced se ha engañado,
que este galan me le llevo
como mi marido acaso.
Luc. Marido?
Bel. Lo que le cuento.
Luc. Jesus!
Bel. Si ha de desmayarse
del susto deste suceso,
acérquese mas al rio,
dama, porque caiga dentro.
Dadme la mano, mis ojos.
Juan. Y el alma es poco.
Luc. No quiero
verlos ir: vámonos, Fabia:
esto llaman amor ? fuego. *vase.*
Juan. O qué bien me habeis vengado!
Bel. Ay cielos! de mí me vengo.
Juan. Muriendo voy por Lucinda.
Bel. Y yo abrasada de zelos. *vans. los 2.*
Tello. Dame tú tambien la mano.
Fin. Tiénesla lavada?
Tello. Pienso
que ayer hizo tres semanas:
Tu nombre ?
Fin. Finea.
Tello. Bueno,
Fineza te he de llamar.
Fin. Y el tuyo ?
Tello. Tello.
Fin. Si es Tello
de Meneses, comerás
muchas tortillas de huevos.
Tello. Mejor estas manecitas
como yo fritas en ellos.
Fin. Ay qué Tello!
Tello. Ay qué Finea!
ay qué niña de los cielos!
Fin. Ay qué socarron!
Tello. De quién?
Fin. De quién dices? del infierno.
Tello. Dame un favor.
Fin. Tuya soy.
Tello. Qué barbita!
Fin. Qué moreno!

JORNADA SEGUNDA,

Sale Belisa con diferente vestido del que llevó al campo.

Bel. Temerario pensamiento,
que teniendo el mundo en poco,
junto á la luna á ser loco
sobre las alas del viento
colocastes vuestro asiento:
qué desdicha, qué cuidado
hoy os ha puesto en estado,
que habeis tan hermosas plumas
entre las blancas espumas
del mar de amor sepultado?
Sale vestida la nave
de jarcias y de vanderas
con las velas tan ligeras,
que el viento piensa que es ave;
mas el de popa suave
vuelve con fácil mudanza
en uracan la bonanza,
porque no pueda ninguna
del rigor de la fortuna
asegurar la esperanza.
Florece un árbol temprano,
quando el ruiseñor suspira,
la primavera le mira
llena de flores la mano:
mas llega el hielo tirano,
y con intensos rigores
los pimpollos y colores
cubre de tristeza y luto,
porque hasta tener el fruto,
no estan seguras las flores.
Por mas que en el nido esconda
el ave sus paxarillos,
como los fuertes castillos
con su cava, muro y ronda,
dispara el pastor la honda,
y con violencia importuna,
sin dexar pluma ninguna,
le arroja piedra villana,
que no hay resistencia humana
al golpe de la fortuna.
Nave en el mar parecia
mi libertad en amor,
árbol vestido de flor
mi locura y bizarria,
nido que el ave texia
era mi seguro olvido,
mas vino amor atrevido,
y con el galan Cardona
puso al pie de su corona
la nave, el árbol y el nido.
Vencedor destos despojos
me mata sin ser culpado,
que no sabe mi cuidado,
aunque le dicen mis ojos
con amorosos enojos:
soy mariposa en llegarme
á la llama, y retirarme,
y tanto amor me desvela,
que doy tornos á la vela,
y no acabo de quemarme.

Sale Finea.

Fin. Sin quitarme el manto vengo,
por darte presto el recado.
Bel. De prisa, será desdicha,
que nunca viene despacio.
Fin. Hallé la casa (que fué
en Madrid nuevo milagro,
que no sabe del segundo,
quien vive el primero quarto)
díle el papel, abrazóme,
dióme este doblon de á quatro.
Bel. Oro tiene?
Fin. Por qué no?
Bel. Que no se le dió me espanto
á la señora Lucinda:
muestra.
Fin. Toma.
Bel. Yo le guardo,
por ser la primera prenda
que tengo suya.
Fin. Es cuidado,
que te perdonára yo;
y prenda que él no te ha dado,
no merece estimacion.
Bel. Por él, Finea, te mando
un hábito de picote.
Fin. No, sino el tuyo de raso.
Bel. Soy contenta: dime ahora,
qué respondió?
Fin. En tono baxo
leyó, y dixo: Linda letra!

Bel. No dixo nada á la mano?
Fin. No á fe.
Bel. No era de Lucinda.
Fin. Llamó á Tello, y el picaño
á tres olas respondió,
que estaba hablando en el patio,
pidió la capa y la espada,
y díxome: luego parto
á ver qué manda aquel ángel,
Bel. Angel dixo? ese es engaño.
Fin. Es verdad que lo añadí
por aquello de la mano,
que la lisonja es la fruta,
que mas se sirve en palacio;
y en tí un ángel mas ó ménos
no es lisonja, habiendo tantos.
Bel. En cuerpo estaba en efecto?
Fin. Un gavancillo leonado
tenia untado con oro.
Bel. Con gavan? es cierto caso,
que tendria vigotera.
Fin. No la nombres, que me espanto
de ver los hombres con ella,
y hay muchos tan confiados,
que á la ventana se ponen,
que es como asomarse un macho:
miéntras tiene vigotera
un hombre ha de estar cerrado
en un sótano.
Bel. Si es de ambar
con cairel de oro, no es malo,
y quitada importa poco.
Fin. Siempre pienso, que asomando
la boca por entre el cuero
me coca algun mono zambo.
Bel. Hubo montera?
Fin. El cabello
sirve á los mozos este año
de montera y papahigo.
Bel. Bien parecen aseados:
ahora bien, va de aposento:
hay gran pobreza?
Fin. Un soldado
qué ha de tener? las paredes
vestian quatro retratos,
uno del Rey, que Dios guarde,
y otro de Lucinda al lado.
Bel. Y no tuvo zelos?
Fin. Cómo?
Bel. No ves, necia, que hace caso
la imaginacion, y zelos
son hombres imaginados:
y de quién eran los otros?
Fin. El uno de Don Gonzalo
de Córdova su pariente,
que en los paises y estados
de Flandes, me dixo Tello,
que anduvo con él.
Bel. Aguardo
el vestido de la noche.
Fin. La cama dices? de raso
de la China un pavellon;
lo limpio no sé pintarlo,
que un tafetan lo cubria:
lo demas, baules, trastos
de casa, ajuar de mozos,
libros, guitarra, ante, casco,
y un broquel en un rincon.
Bel. Sin duda viene, habla paso.
Fin. En qué lo ves?
Bel. En el alma,
que me lo ha dicho temblando.

Salen Don Juan y Tello.

Juan. Puedo yo penetrar su entendimiento?
no ves que fuera necia diligencia?
Tello. Sí, pero en su presencia
estar como novicio de Convento,
que no ve tierra mas de la que pisa!
Juan. Tello, yo bien presumo que Belisa
me tiene voluntad, pero en efeto
en esto solo quiero ser discreto,
no siendo confiado,
demas que no es amor haberme honrado
con hacerme merced, y si lo fuera,
no llegára Belisa á ser tercera
de los amores de Lucinda.
Tello. Mira
que se suele cubrir una mentira
con capa de verdad, y el que se llama
galan, no ha de aguardar á que la dama

le requiebre primero.
Iba un Frayle devoto caballero,
y quando tanta espuela le metia
á la mula decia:
arre por caridad, hermana mula.

Juan. Belisa nos escucha, disimula.

Bel. Señor Don Juan, sin verme tantos dias?
qué es esto? ingratamente lo habeis hecho,
trocamos vos y yo las bizarrias.

Juan. Estoy de vuestra gracia satisfecho,
pero por no cansaros;
me habrá de suceder desobligaros.

Bel. Señor Don Juan, á cierta dama un dia
presentó un papagayo un caballero,
diciéndole, que todo lo sabia,
sino era hablar; lo mismo considero:
vos sois galan, discreto y entendido,
apacible, valiente y bien nacido,
modesto, ayroso, atento y de buen trato,
y solo os falta hablar, por ser ingrato;
y tú, Tello, tambien.

Fin. Qual es el dueño,
tal el criado.

Tello. A fe de Calahorreño
que estoy sin culpa yo, que solo he sido
lechon de aqueste pródigo perdido,
eco de aquesta voz: parte el Cardona,
verás que soy la maza.

Juan. Y yo?

Tello. La mona.

Juan. Bueno por vos me pone.

Bel. Bien merece
vuesa merced que Tello así le trate.

Juan. Vuesa merced?

Tello. Yo soy un disparate.

Bel. No hay tan bravo leon, que no se rinda
á los divinos ojos de Lucinda,
qué tierno habrá llorado el buen Cardona,
y qué habrá dicho allí de mi persona!
pintóme muy feísima? que cierto,
se haria un ermitaño en un desierto,
y tentacion á mí por lo del rio,
y los zelos del soto.

Juan. Es desvario:
contaros todo lo que pasa quiero;
diré verdad á fe de caballero
Aragonés, y Córdova y Cardona,
y si mintiere, y esto no me abona,
no vuelva yo á los ojos de mi padre.

Bel. Decid tambien de mi señora madre.

Juan. Despues, Belisa hermosa, que le distes
con tal gracia á Lucinda tales zelos
en aquel soto, donde sol salistes,
mas claro que el que adoran Delfo y Delos,
escribióme un papel con ansias tristes
hasta en la letra, ó vengadores cielos!
que en lágrimas envueltas y borrones
apénas se entendian las razones:
fuí á verla, como allí me lo rogaba,
y halléla con la mano en la mexilla,
que el cuerpo en el estrado reclinaba,
saludéla, llegué, tomé una silla:
Lucinda (que la puerta me negaba,
ó castigo de amor, ó maravilla!)
me dió su estrado, que en llegando á estado
tan baxo, amor, poco hay de estado á estrado.
Tomándome las manos, y bañando
las de los dos con lágrimas, decia,
que me adoraba tiernamente, quando
por obligarle amor, desden fingia.
Apénas, ó Belisa, ví llorando
la que ser piedra para mí solia,
quando quedé como en la luz infusa
atlante del espejo de Medusa.
Declaróme secretos pensamientos
de una razon de estado bachillera,
materias de obligar á casamientos,
que yo escuché como si piedra fuera.

Salí despues de tantos sentimientos
tan desenamorado, que pudiera
vender olvido á la mayor constancia:
gran cosa levantarse con ganancia!
Qual suele labrador en noche obscura
dormir en la campaña á cielo abierto,
y ver la luz del alva hermosa y pura,
ó todo el sol de súbito despierto;
así salí de confusion tan dura
súbitamente, y desde el golfo al puerto,
que despicado, en viéndome querido,
su llanto risa fué, su amor olvido.
Ni la ví mas, ni la veré en mi vida,
como, duermo, paseo, y tiempo tengo
para mi pretension, que de perdida
con verme libre, á restaurarla vengo,
no lágrimas, no mas traicion fingida;
á nuevo amor el corazon prevengo,
aunque quien resucita, nadie crea
que en volverse á morir discreto sea.

Bel. Notable historia!

Juan. Yo os digo
la verdad.

Bel. Cierto?

Juan. Tan cierto,
que en mi fué sueño despierto,
lo que en Lucinda castigo:
no mas Lucinda, ya es hecho,
á vuestros ojos lo juro;
algun divino conjuro
me la ha sacado del pecho.

Bel. Tello, es esto así?

Tello. No sé
que pueda no ser así?
porque esto pasa ante mí,
señora, de que doy fe:
ya cesó la devocion
de aquel su pasado arrobo,
porque come como un lobo,
y duerme como un liron:
quitósele la zelera,
y el amor.

Bel. Gracias á Dios.

Tello. Pero enamoradle vos
á lo divino, tercera:
dad sugeto á este galan
de vuestra mano.

Bel. Sí hiciera,
si alguna dama supiera
como la quiere Don Juan.

Tello. Una así como vos.

Bel. Yo,
Tello?

Tello. Así toda florida,
despejada, bien prendida.

Bel. Necia y lindísima no?

Tello. Mas quiero engaños, rigores,
iras y zelosas tretas
de las divinas discretas,
que de las necias favores.

Juan. Dexa, Tello, á su eleccion
la dama que quiere darme.

Bel. Quiero para asegurarme,
que esteis en aprobacion,
que hay amante, que enojado
sirve otro sugeto un mes,
y vuelve á echarse á sus pies
mas tierno y enamorado,
y aun busca satisfaccion
á su misma pesadumbre,
porque la mala costumbre
puede mas que la razon.

Juan. Si yo volviere á querer
á Lucinda, plega á Dios...

Bel. No jureis.

Juan. Pues dadme vos
por vuestro gusto muger,
que pueda amar y estimar,
y vereis lo que me obliga.

Bel. Yo conozco cierta amiga,
que de vos me suele hablar:
pero no, que me parece,
que os volvereis luego allá.

Tello. Apostaré que te dá,
segun la dama encarece,
alguna doña terrible.

Bel. Pues eso si la burlais,
que á Zaragoza volvais,
lo tengo por imposible.

Juan. Estando vos de por medio,
aunque sin mi gusto fuera,

con mil almas la quisiera.
Bel. Yo intento vuestro remedio,
y quiero que la veais,
mas primero que se rinda,
quantas prendas de Lucinda
teneis, guardais y adorais,
mayormente su retrato,
me habeis de dar.
Juan. Yo haré,
que las traiga Tello, en fe
de que ya le soy ingrato.
Bel. Y será cierto?
Juan. Pues no?
Bel. Cumplireislo todo ansí?
Juan. Digo mil veces que sí:
Mas quién es la dama?
Bel. Yo. *vase.*
Tello. Y tú no me quieres dar
una ninfa á quien querer?
Fin. Qué tiene que me volver
de Fabia, despues de estar
un año en aprobacion?
Tello. Toda alhaja fregonil
rendiré á tu pie gentil.
Fin. Hay retrato?
Tello. Un San Anton
para tener le pedí
en mi aposento.
Fin. Y qué no
verás mas á Fabia?
Tello. Yo?
Mas quién es la ninfa?
Fin. Mi. *vase.*
Tello. Qué sientes desto?
Juan. Estoy loco.
Tello. Ama, quiere aquí, porfia.
Juan. A tal gracia y bizarria
darle mil almas es poco:
con qué gusto dixo, yo!
Tello. Y la picarilla, mi:
Vas enamorado?
Juan. Sí.
Tello. No ha de haber Lucinda?
Juan. No.

Vanse, y salen el Conde, Fernando y músicos.

Cond. Ninguna cosa, Fernando,
me entretiene, estoy perdido.
Fern. Cómo has de hallar el olvido,
si estás siempre imaginando?
Cond. Como la imaginacion
es madre de los concetos,
olvidan mal los discretos,
que zelos conceptos son:
de aquí nace, que Poetas
son los mas enamorados,
imaginando engañados
á sus damas tan perfetas.
Fern. En tantas difiniciones
de amor nunca van hallando
la verdad?
Cond. No hay mas, Fernando,
que ser imaginaciones:
Belisa, en fin se ha casado?
Fern. El Cardona Aragones
es gentilhombre.
Cond. Si es,
con que mas zelos me ha dado.
Fern. El entra en su casa ya
con libertad de marido.
Cond. Bastante defensa ha sido,
segura Belisa está,
que á no ser marido, es cierto,
que no sufriera galan,
y ménos al tal Don Juan.
Cantad algo, que estoy muerto.

Siéntese en una silla, y canten los músicos.

Mús. Antes que amanezca
sale Belisa,
quando llegue al soto
será de dia.
Cond. Quando ese estrivo escribí,
qué bizarra la miré.
Cantad la copla, y haré
una Endecha para mí.
Mús. Mañanicas de Mayo
salen las damas,
con achaques de acero
las vidas matan,
no ha salido el alva,
y sale Belisa.
Quando, &c.

Salen Lucinda y Fabia.

Fab. Formáron tu pensamiento
los zelos, que no el agravio.
Luc. Por estar herido Octavio
nuevos engaños intento.
Fab. Aquí está el Conde.
Luc. Y qué triste
está escuchando cantar.
Puede una muger entrar?
Fern. Nadie la entrada resiste
á tal gracia y hermosura.
Señor, duermes?
Cond. Qué me quieres?
Fern. Que te buscan dos mugeres.
Cond. Es Belisa por ventura?
Luc. No soy sino la mayor
enemiga desa dama:
Lucinda soy.
Cond. Por la fama
conozco vuestro valor.
Luc. En fe del vuestro he venido
á suplicaros.
Cond. Primero
tomad una silla.
Luc. Hoy quiero
satisfacer al oido
de la verdad, que en ausencia
tanto ha escuchado de vos.
Cond. Satisfaremos los dos
la fama con la presencia. *Siéntanse.*
Luc. Esta natural pasion,
generoso Conde Enrique,
que contraria de la ira
en nuestros pechos reside,
siempre la he juzgado igual;
y si decirse permite,
ira y amor son lo mismo:
porque como es imposible,
que haya amor sin zelos, y ellos
venganza de agravios piden,
es fuerza que entre la ira
adonde el amor la admite,
como se vé por exemplos
de esposos y amantes firmes,
que matáron lo que amaban
por zelos, de que se sigue,
que la ira y el amor
no son diferentes fines,
aunque en principios contrarios:
todo este prólogo sirve
de que el amor y la ira
me traen á que os suplíque,
que á mi remedio el valor
de vuestra sangre os incline
por la ofensa, que tambien
de mis agravios recibe.
Vino Don Juan de Cardona,
yo sé que una vez le vistes,
de Zaragoza á la Corte,
caballero de la insigne
casa, que en sus armas pone
plumas de pavon por timbre.
Un dia, que nuestro Rey
corrió lanzas, nuevo Achíles,
descuidada, y no de galas,
á ver y ser vista vine:
mirando pues con el brio
que la espuela en sangre tiñe
del bridon, que con las alas
del viento las plumas mide:
quando á la sortija atento
el que á dos mundos asiste
con solo un cetro, la lanza
pasa de la cuja al ristre,
y ayrosamente la lleva,
veo, que el Don Juan, que os dixe,
atento á las de mis ojos
era de sus niñas lince.
La fiesta hizo fin, y amor
principio, que por oirle
halló lugar y esperanza
de quererme y de seguirme,
desde aquel dia hasta ahora
en pretenderme prosigue
Don Juan; mas yo deseando
á mejor fin reducirle,
díle zelos y desdenes,
falso arbitrio, con que hice,
que mudando pensamiento
otra dama solicite.
Esta, á quien tan bien lo sabe,
no es razon que yo la pinte,
si bien en sus bizarrias
quanto celebran consiste.
Dexáronla mucha hacienda
sus padres, luce y repite

con bostezos de señora
á escuderos y tellices.
Esta pues, que de Don Juan
fué la encantadora circe,
como aquella que entretuvo
sin entendimiento á Ulyses,
no solo ha podido hacer
que me aborrezca y olvide,
sino que en el verde soto,
que de puro cristal ciñe
Manzanares, este mes
de verdes álamos viste,
le llamó marido, ay cielos!
cómo pude resistirme?
Desde aquel dia me matan
zelos y congojas tristes.
Llaméle, y díxele amores;
pero apénas quiso oirme,
que ensoberbece á los hombres
ver las mugeres humildes.
A los dos, Enrique ilustre,
una misma ofensa aflige,
y así es justo que á los dos
la misma venganza obligue.
Yo haré de mi parte quanto
fuere á una muger posible,
que las mas tiernas amando,
con zelos se vuelven tigres:
vos de la vuestra, y los dos
para los dos, que si rinden
zelos, les daremos zelos:
al arma, mueran, suspiren,
no se han de casar, que á vos
os toca; ó quedemos libres,
ó vengados, que aunque es fuerte,
no es el amor invencible.
Cond. Ya de vuestra relacion
alguna parte sabia,
porque la enemiga mia
me dió á saber la ocasion:
la soberbia y presuncion
de Belisa se ha rendido
al título de marido,
y con ser así mi amor,
se agravia de su rigor,
pues no me permite olvido.
Por vos y por mí hacer quiero,
en lo que posible fuere,
lo que no contradixere
á la ley de caballero:
que nos venguemos espero,
vos con zelos de tan necio
galan, y yo que me precio
de que estimen mis cuidados,
que es venganza de olvidados
hacer del rigor desprecio.
Fuera de que puede ser
(perdone vuestro valor)
que de fingir este amor
viniésemos á querer;
porque suele suceder,
que cosas de amor tratando
dos libres, y no pesando,
que pueden ser verdaderas,
venir á acabar en veras,
lo que se empieza burlando.
Yo me rindo al talle y brio
del galan Aragonés,
pero no tanto despues,
que Belisa ofende el mio:
entremos á desafio
dos á dos, adonde espere
victoria el que mas pudiere
en el campo de los dos,
y ayude amor, pues es Dios,
al que mas razon tuviere.
Luc. Cierta será la victoria,
Enrique, si me ayudais.
Cond. Mirad como la trazais,
que resulte en vuestra gloria.
Luc. En toda amorosa historia
no es bien que el fin se presuma;
muger soy, y será en suma,
con que disculpada quedo,
mio de amor el enredo,
y vuestra será la pluma.
Cond. Amor la imprima.
Fab. Qué has hecho?
Luc. Vengarme de quien me agravia.
Fab. Loca estás.
Luc. Y es cierto, Fabia,
con tanto amor en el pecho. *v. las* 2.
Cond. Gran parte del mal desecho
con la venganza trazada.
Fern. Qué habeis tratado?
Cond. No es nada.

Fern. Esta dama es de Don Juan.
Cond. Toma, Fernando, el gaban,
y dame capa y espada. *vanse.*

Salen Belisa y Tello.

Bel. Joyas á mí?
Tello. Por qué no,
si eres la Reyna de Troya.
Bel. Quando está pobre Don Juan,
finezas tan amorosas?
á mí fenix de diamantes?
Tello. Con el verso y con la prosa,
que le enviaste, está loco.
Bel. Pena me ha dado la joya:
qué se empeñó? Cómo es esto?
Tello. No ha sido empeño, señora,
sino el paternal dinero,
que vino de Zaragoza,
que así como vió el Soneto
dixo con voz amatoria
rompiendo medio bufete
de una puñada Cardona:
Ay tan alta bizarria?
que una señora componga
tales versos! malos años
para quantos á Helicona
van por agua y alcacer.
Y luego del baul toma
la bolsa Zaragoci,
y dixo: tendrás ahora
el mejor dueño del mundo;
pero respondió la bolsa
en tiple de los escudos:
mejor soy para la olla.
Fuimos á la insigne puerta
(que Guadalaxara nombran,
sepulcro de oro y de seda
de tantos cofres langosta)
y para el fenix Belisa,
fenix de diamantes compra,
porqué el dia de San Marcos,
que del trapo llaman zorras,
salgas á matar guedejas,
y á dar envidia á balonas;
pero dime si es posible
reducir á la memoria
el Soneto que escribiste.
Bel. Como yo de amores loca
no me osaba declarar,
dixe ansí.
Tello. Las Musas oigan.
Bel. Canta con dulce voz en verde rama
Filomena dulcísima al aurora,
y en viendo el ruiseñor, que le enamora,
con recíproco amor el nido enrama.
Su tierno amante por la selva llama
cándida tortolilla arrulladora,
que si el galan el ser amado ignora,
no tiene accion contra su amor la dama.
No de otra suerte al dueño de mis penas
llamé con dulce voz en las floridas
selvas de amor, que oyendo el canto apénas
Se vino á mí las alas extendidas,
porque tambien hay voces Filomenas,
que rinden almas y enamoran vidas.
Tello. Por Dios, que es Soneto digno
de que en sus obras le ponga
la Marquesa de Pescara,
que Italia celebra y honra.
O, pues tambien lo merecen,
en las canciones sonoras
de la Isabela Andreina
representanta famosa:
pues hoy estiman sus versos
París, Nápoles y Roma:
qué sonoridad, qué luces!
y aquello de arrulladora?
Mal año para los cultos!
qué claridad estudiosa!
qué cultura! dará envidias,
aunque laurel le corona,
al Príncipe de Esquilache,
y al Retor de Villahermosa.
Bel. Eres poeta por dicha?
Tello. Y por desdicha notoria.
Bel. Porque ese lenguage, Tello,
á presumir me ocasiona
que haces versos.
Tello. O qué lindo!
oye una Silva á una mona,

á quien requebró un galan
en peso la noche toda.
Quedóse en un balcon, donde solia
desde las doce de la noche al dia
hablar cierto galan á una casada,
por cerrar la ventana su criada,
el animal que mas imita al hombre,
aunque él sabe tambien tomar su nombre:
la mona con el frio, en la cabeza
púsose un paño, que tendido estaba,
con que la dicha moza se tocaba.
Vino el galan, y atento á su belleza
tirábale al balcon de quando en quando
chinas, con que la mona despertando
salió ligera, y en lo alto puesta
le daba algunos cocos por respuesta.
Pensó que hablaba así por su marido,
y la reja trepó, del hierro asido:
mas queriendo besarla, de tal modo
le asió de las narices, que temiendo
que pudiera sacárselas del todo,
se estuvo lamentando y padeciendo,
hasta que el alva hermosa,
vestida de jazmin con pies de rosa,
de ver los dos amaneció riendo,
ella del monicidio temerosa
al pobre amante en vez de los amores
de arriba abaxo le sembró de flores.

Sale Finea.

Fin. Doña Lucinda de Armenta,
y Doña Fabia, su moza,
te quieren hablar.
Bel. Dí que entren.
Tello. Eso dices?
Bel. Pues qué importa?
Tello. Voyme por estotra puerta. *v.*
Fin. Qué aguardan? entren, señoras.

Salen Lucinda y Fabia.

Luc. Si vuesa merced se acuerda
de que en la florida alfombra
de Manzanares un dia
compitiendo con la aurora
amaneció perla en nacar,
ó rosa, que baña aljofar;
siendo el pimpollo el sombrero
ó vuesa merced la rosa:
yo soy aquella muger,
que engañada de mi sombra,
le pedí el galan prestado
sobre prendas de lisonjas:
como le asió de la mano,
y subiendo en su carroza.
Bel. No es carroza, sino coche,
ó vuesa merced me honra,
como llamar Licenciado
por la presbítera toga
al que es de prima tonsura.
Fab. Pienso que se finge boba.
Bel. Soy cándida.
Fab. Así parece.
Bel. Finalmente en qué se apoya
esta zelosa visita?
Luc. En que su merced recoja
de noche al señor marido,
porque no es justo que corra
con ella sotos y prados
en carroza, coche ó posta;
y que en llegando la noche
mi puerta y ventanas rompa,
ya con el pomo las unas,
ya con las piedras las otras:
entró una dellas por fuerza,
y esta cadena me arroja
diciendo, que le escuchase;
escuchéle temerosa,
lloró en fin.
Bel. Y con vigotes?
válgate Dios por Cardona!
Luc. Dióle despues en mi estrado
tal desmayo, tal congoja,
que fué menester volverle
con agua de azar y alcorzas.
Bel. Qué ventura tener agua!
si no la teneis, señora,
él se queda á buenas noches:
válgate Dios por Cardona!
Luc. Díxome de vos mil males,
que dia y noche le rondan
la puerta criadas vuestras,
que os vió aquella tarde sola,
y que le andais persiguiendo.

Bel. Soy una perseguidora,
que yo le persigo dice?
válgate Dios por Cardona!
ahora bien, por el aviso
la sirvo con esta joya,
que hoy me ha enviado con Tello,
su famoso guardaropa;
porque el dia de San Marcos
en la cadena la ponga,
y vea vuesamerced
si ha menester otra cosa
desta casa, que aquí queda
para su servicio toda.
Luc. Porque sé las bizarrias
desa mano poderosa,
tomo la joya, y os beso
la mano ilustre.
Fin. Perdona,
que no ví cosa mas necia,
que la que has hecho.
Bel. Qué importa?
Fab. Y vos, señora Finea,
decid á Tello, que escoja
otra dama, que despues
que á Lucinda mi señora
sirve el Conde Don Enrique,
tambien de mí se apasiona
Fernando su secretario,
y yo le quiero.
Fin. Mejora
vuesa merced de galan.
Luc. El y Don Juan se dispongan
á no alborotar mi casa,
que si otra vez la alborotan,
castigará su locura
el Conde, porque me adora:
y á vuestra puerta en la calle
aguarda con su carroza,
para que vamos al prado. *va. las* 2.
Fin. Extraña historia!
Bel. Es historia
que me ha de costar la vida,
á la ventana te asoma,
mira si es el Conde Enrique.
Fin. Mejor es que tú lo oigas,
que desde el estrivo llama.
Bel. Qué libertad! estoy loca.

Dentro el Conde.

Cond. Al prado, cochero, al prado,
da la vuelta.
Luc. Es la victoria
Magallanes de los coches.
Fin. Qué propria voz de zelosa!
Bel. A tanta desdicha mia,
ay de mí! qué puedo hacer?
ó mal haya la muger,
que del mejor hombre fia!
Que Don Juan de amor de un dia
se volviese á lo que amaba
primero, en razon estaba;
pero no querer yo bien,
y declarárselo á quien
por otra muger lloraba!
Halla un páxaro rompida
la jaula, y volando al viento,
quando goza en su elemento
de la libertad perdida,
se acuerda de la comida,
y vuelve á ver si está abierta,
con ser su cárcel tan cierta:
así los amantes son,
que con saber que es prision,
vuelven á la misma puerta.
Volvióse la voluntad,
Aragones caballero,
sin querer gozar del fuero
de su misma libertad:
fié de su falsedad
mi enamorada aficion:
ó qué necia condicion
de una voluntad sencilla,
fiar almas de Castilla
á los fueros de Aragon!
No me pesa porque fuí
necia, en que Don Juan me rinda,
pésame de que Lucinda
se haya vengado de mí;
lo que no tuve, perdí,
ménos á enojo me incita,
que una muger mas se irrita,
y mas con tanto ademan,
que de quitarle el galan,
la burla de quien le quita.
Lucinda, desdenes tales
han hecho que os quiera bien,

que hay muchos hombres, que á
quien
los trata mal son leales:
á amor! cómo son iguales
en esto buenos y malos;
no vienen con los regalos,
y en los zelos se resuelven,
que hay hombres perros que vuelven
adonde les dan de palos.
Qué mal se supo entender
mi ignorante bizarria,
quando dixe, que queria
á un hombre de otra muger,
la disculpa habrá de ser
no de Porcias y Lucrecias,
que á no haber amor, si precias
que de tí se libren pocos,
ni se halláran hombres locos,
ni hubiera mugeres necias.

Salen Don Juan y Tello.

Juan. Mas de treinta mil ducados
de dote sin esta casa
tiene Belisa.
Tello. Y las joyas,
ricos vestidos y alhajas,
son barro? Dichoso eres,
y advierte, que si te casas,
me des tambien á Finea.
Juan. Yo te la doy.
Tello. Aquí estaban?
Juan. Señora mia y mi bien,
ya el alma se me quejaba
de vivir en vuestra ausencia,
si ausente vivo con alma.
Bel. Confusa estoy! lo mejor
es volverle las espaldas.
Juan. Fuése?
Tello. No lo ves?
Juan. Finea,
escucha.
Tello. Tampoco habla.
Juan. Tras ella iré.
Tello. Para qué? *vanse las dos.*
La puerta cierra á la sala.
Juan. Pues qué novedad es esta,
sin que sepamos la causa?
Tello. Habelle dado la joya.
Juan. Tello, en esas puertas llama.
Tello. No he visto amante mas pobre,
siempre parece que andas
de puerta en puerta.
Juan. Es Finea
la que en la ventana aguarda?
Tello. La misma.
Juan. Finea, qué es esto?
Este término esperaban
de la señora Belisa
mi deseo y mi esperanza?
Fin. Dice mi señora.
Juan. Qué?
Fin. Que se vayan noramala.
Juan. Acabóse.
Tello. Aquí entra bien;
para vos traigo una carta.
Juan. Qué habemos de hacer?
Tello. No sé.
Juan. Ven, que yo lo sé.
Tello. Estas llaman
Bizarrias de Belisa,
cerrar puertas y ventanas
en agarrando la joya?
Juan. Sígueme, que voy sin alma.
Tello. El fenix se ha vuelto cisne,
que quando se muere, canta.

JORNADA TERCERA.

Salen el Conde y Fernando en hábito de noche.

Fern. No hay desden que no se rinda
con servir y porfiar.
Cond. Cansado estoy de ayudar
desaliños de Lucinda.
Fern. Si Belisa ha conocido
con el ingenio mayor
del mundo, que ha sido amor
el de Lucinda fingido,
no es prudencia darle zelos
con ella, mejor seria
conquistar su valentia
con proseguir tus desvelos:
Lucinda toma venganza
de Don Juan con sus mentiras;
si la ayudas, qué te admiras

de vivir sin esperanza?
Cond. Tienes razon, ya no quiero
zelos, servirla es mejor
con amor y mas amor,
con dinero y mas dinero:
dar zelos suele importar,
esto despues de quererme,
para despertar quien duerme,
pero no para obligar.
No hay armas para vencer
una muger desdeñosa,
como otra muger, ni hay cosa
que tenga tanto poder
como aquella informacion
de una amiga con su amiga;
esta las rinde y obliga,
como de un género son,
saben para herir, tentar
la flaqueza de la espada.
No has visto á Eva pintada,
y que la viene á engañar
con el rostro de muger,
que la culebra tomó?
Pues este exemplar les dió
para engañar y vencer
á mugeres con mugeres.
Fern. Celia con Belisa vive,
estos dias apercibe,
si obligar á Celia quieres,
aquel gran conquistador
de voluntades, que llaman
oro, y verás si te aman.
Cond. Ya sabe Celia mi amor,
y me ha prometido hacer
quanto pudiere por mí.
Fern. Dos hombres vienen aquí.
Cond. Galanes deben de ser
de Lucinda, que le rondan
la puerta, tarde han llegado,
pues dos veces he llamado,
y no hay órden que respondan.

Salen Belisa y Finea con sombreros de plumas, y ferreruelos con oro, y dos pistolas.

Fin. Pienso que has perdido el seso,
y no debo de engañarme.
Bel. Todo lo que no es matarme
no lo tengas por exceso:
y ansí con tanta violencia
amor mi cuerpo desalma,
que no hay potencia en el alma,
que viva su misma esencia.
Fin. Tú á la puerta de Lucinda
con estos necios disfraces?
considera lo que haces,
por mas que el amor te rinda,
que si nos hallan ansí,
nos habemos de perder.
Bel. En viendo que soy muger,
qué podrán pensar de mí?
porque si ahora me dan
mil muertes ó mil enojos,
tengo de ver con los ojos
lo que me niega Don Juan:
y es justo que ver intenten
lo que temen y desean,
porque como ellos lo vean,
no dirá el alma que mienten.
Fin. Quantas has hecho hasta aquí
bien pueden ser bizarrias,
estas no, porque porfias
contra tu honor.
Bel. Ay de mí!
Fern. Pareceme que has tomado,
señor, el medio mejor.
Cond. Celia, dinero y amor
remediarán mi cuidado.
Fern. Da lugar á estos galanes,
que no llegan á la puerta
por nosotros.
Cond. Verla abierta
merecen los ademanes,
con que miran de Lucinda
las rejas.
Fern. Vidas perdonan,
valientes son, que pregonan
lo que se precia de linda. *vans. los 2.*
Fin. Si con ella está Don Juan,
y te escribió aquel papel
de que se casa con él,
ó por ventura lo estan,
habemos de estár aquí
hasta que nos halle el alva?
Bel. Ese papel fué la salva
del veneno que bebí,

que no hay veneno mas fuerte,
que las letras de un papel,
pues tantas veces en él
bebe la vida la muerte:
díceme que se desposa
mañana, y que no hay lugar
para poderla acabar
una gala, por costosa
de soberbia guarnicion,
que yo le preste un vestido,
bachilleria que ha sido
mi locura y perdicion:
hay tal modo de pudrir?
que con mis galas se quiera
casar?
Fin. Gente viene, espera.
Bel. Qué? sino solo morir.

Salen Don Juan y Tello.

Tello. Yerras, por Dios, en intentar hablalla.
Juan. Pues, Tello, qué he de hacer? quando imagino
que ha hecho algun zeloso desatino,
aunque Belisa calla,
por donde la he perdido, y me ha tratado
con rigor tan cruel, que me ha cerrado
las puertas y ventanas de tal suerte,
que piensa retirada, y hecha fuerte,
que puede entrar mi amor á ver su olvido,
en átomo del ayre convertido.
Tello. Como la sirve el Conde, ser podria
que se enojase, y nunca el que es prudente,
hizo pesar al hombre poderoso,
por no dar en sus manos algun dia,
que el desigual lo que es posible intente,
tengo por aforismo provechoso.
Juan. O qué necio Caton! ó qué grosero
Séneca! yo no quiero
quitar su gusto al Conde,
sino hablar á Lucinda.
Tello. Si responde
como muger zelosa y agraviada,
vendrá á parar en fuese, y no hubo nada.
Bel. Finea, no conoces
estos galanes?
Fin. Quedo, no des voces.
Bel. Nó me engañaba yo, pierdo el sentido!
Fin. Parece que no llama de marido,
que si marido fuera,
la puerta con la aldava deshiciera.
Bel. No habrá tomado posesion ahora,
llamará de galan.
Fin. Mira, señora,
que no es bien que te vea.
Bel. Yo callaré, mas no podré, Finea.

Salen Octavio y Julio con otros dos hombres.

Oct. Julio, hasta ahora me duró la herida,
curéla en fin, mas no curé el agravio.
Jul. Esperando ocasion se venga el sabio.
Oct. Este es Don Juan, llamando está á la puerta
de Lucinda, pues no ha de verla abierta,
yo no vengo á reñir, á matar vengo.
Tello. El Conde es este, gran sospecha tengo,
que te viene á matar con sus criados.
Juan. Tello, no hay mas, morir como soldados.
Tello. Quatro son, dos me caben, no hayas miedo,
que me divida de tu lado un dedo.
Juan. Pues, Tello, aquí veré si eres valiente.
Bel. A matar á Don Juan viene esta gente,
á su lado me pongo.
Fin. Y yo te sigo.
Bel. Finea, defender al enemigo
fué siempre gran fineza y bizarria.
Oct. Ah caballeros, esa puerta es mia.
Juan. Pues pase, si pudiere.

Jul. Octavio, tente,
quatro, y los dos con escopetas?
Oct. Creo,
que burlan mis desdichas mi deseo.
Jul. Vuélvete, y no acometas.
Oct. En Madrid escopetas?
caso, por Dios, terrible!
Jul. A quien quiere matar todo es posible. *vanse.*
Tello. Todos se han ido con temor del plomo.
Juan. La vida debo á aquestos caballeros.
Tello. Huyéron los villanos escuderos:
de que el Conde no fué, sospechas tomo.
Juan. Señores, si es posible conoceros,
sepa á quien debo defender mi vida
de tantos enemigos perseguida.
Vanse las dos.
Tello. Volviéron las espaldas sin hablarte,
ni quitar los embozos.
Juan. Por qué parte
llegáron estos hombres? si han baxado
del cielo en mi favor?
Tello. Mas del tejado,
porque si ángeles fueran,
sin escopetas pienso que vinieran,
que no las hay allá.
Juan. Necia porfia,
truenos y rayos son artillería.
Tello. Verdad por Dios, y que mostrarse quiso
el ángel, que guardaba el Paraíso
con espada de fuego.
Juan. Qué necio estuve y ciego!
tal me tiene Belisa.
Tello. Fuéron con tanta prisa,
que con razon te han dado
ocasion al milagro imaginado,
que si en forma de espíritus baxáran,
las alas de penachos coronáran,
pero no los sombreros.
Juan. Angeles son tan nobles caballeros:
esta puerta me avisa
del peligro que tengo,
mejor es ir á ver las de Belisa,
así las noches paso y entretengo.
Tello. Bien fuera, si te abriera.
Juan. Ella me las abriera, si me oyera.
Tello. Una tapia muy baxa el jardin tiene,
que no es para subir dificultosa.
Juan. Podré yo entrar por ella?
Tello. Ser podria.
Juan. Pues vamos ántes que lo estorve el dia,
que se traslada de zafir en rosa.
Tell. Mejor fuera salir de tanto empeño
con trasladarle de la cena al sueño. *v.*

Salen Belisa, Celia y Finea.

Bel. Guardaste las escopetas?
Cel. Ya, Belisa, estan guardadas.
Bel. Sin alma vengo.
Cel. No es mucho,
pues tambien fuiste sin alma,
y me has tenido sin ella:
porque de locura tanta,
qué pudiera prometerme
que no fuera tu desgracia?
Estaba Don Juan por dicha
á la puerta desa dama?
aunque dentro es lo mas cierto,
pues que mañana se casan.
Bel. Apénas, Celia, á la puerta
de la dicha dama estaba
(que dicha le viene bien,
pues que ninguna le falta)
quando á su casa venia
cercado de gente y armas
cierto agraviado enemigo;
si yo no llego, le matan;
temiéron las escopetas,
y volviendo las espaldas
desistiéron de la empresa.
Cel. Heroica y dichosa hazaña,
que fué mirándolo bien
una locura bizarra.
Bel. Reñísteme con lisonja
de lo que fuí temeraria.

Cel. Acuéstate, que se rie
de tus cosas la mañana,
cuyos zelages azules
embisten rayos de plata.
Bel. No es tan tarde como piensa
tu sueño.
Cel. Estoy desvelada.
Bel. Harto mas lo vengo yo
de tanta zelosa rabia:
responder quiero á Lucinda
la que mañana se casa,
la discreta, la dichosa,
la linda, la bien tocada,
que me ha pedido un vestido
miéntras sus galas se acaban,
para que de sus victorias
sean despojos mis galas,
que tal linage de burla
solo pienso que se usára
conmigo, de quien amor
con razon toma venganza.
Cel. Pues no hay mañana lugar?
Bel. No has visto que quando tratan
dos hacer un desafio,
el agraviado no aguarda,
que salga primero el otro?
Déxame tomar la espada,
y matar esta muger.
Cel. Finea, avisa que tañan.
Bel. Conmigo Doña Lucrecia,
por necia, que no por casta?
Fin. Escribir quieres ahora?
Bel. Pon, Finea, en esa quadra
una bugia y papel,
tinta y pluma.
Fin. Pienso que anda
por esos ayres tu seso.
Bel. Corre esta cortina, acaba.

Corriendo una cortina se descubre un aposento bien entapizado, un bufetillo de plata, y otro con escritorios, una bugia, y el Conde á un lado.

Jesus! qué hay aquí?
Fin. Ay, señora! un hombre.
Cond. Quedo, no hagas,
Belisa, extremos, yo soy.
Bel. Vueseñoria en mi casa
á tales horas? ay, Celia!
buen cuidado, gentil guarda!
Tú pones en mi aposento
al Conde, y junto á mi cama?
dónde se vió tal traicion?
Cel. Si yo salgo á ver quien llama,
y en abriendo se entra dentro
y poderoso amenaza
mi vida, qué puedo hacer?
Bel. Decírmelo quando entrára,
y volviérame á salir
donde esta noche pasára
en casa de alguna amiga.
Cond. No esteis, señora, turbada,
que si amor me puso aquí,
en viendo vuestra desgracia,
él me mostrará tambien
la puerta por donde salga:
de noche entré sin pensar
que tanto el sol se tardára
de amanecer á mis ojos:
detuviéronme mis ansias
hablando con Celia en vos,
y como las horas pasan
tan apriesa por el gusto,
sin que las sienta quien ama,
quando ya me quise ir,
llamastes vos, y esperaba
á salir sin que me viesen.
Bel. A tan corteses palabras
rindo todos mis enojos.

Salen Don Juan y Tello.

Juan. Entra quedito, que hablan
en la quadra de Belisa.
Tello. Por Dios que no era muy baxa
la tapia del dicho huerto.
Juan. Dificil era la tapia,
si amor no me diera el pie,
ó me subiera en sus alas.
Tello. Como no me ayuda á mí,
por Dios que traigo quebrada
la ausencia de la barriga.
Juan. Hombre habla: cosa extraña!
Tello. Hombre aquí, y á tales horas?
Juan. Tello, quién lo imaginára?
Tello. Ah, señor, quántas de aquestas,

que se nos hacen gazapas
con los ojitos de miz,
tienen el zape en el alma;
las mas ricas del honor
quiebran tal vez, y se pasan
como mal papel, que dexa
en cada letra una mancha.
Juan. Loco estoy: escucha atento,
pues este cancel nos tapa.
Tello. Nadie se fie en cancel,
si habláren mal en la sala.
Bel. Yo creo á Vueseñoria,
mas pues Lucinda le agrada,
para qué me busca á mí?
Cond. Para escucharos, ingrata.
Bel. Despues de tantos paseos,
prado y Fuente Castellana,
viene á darme este disgusto,
mas debe de ser la causa,
que le ha dexado por otro
su condicion, ó se engaña.
Tello. Por la tribuna de Dios,
que es el Conde, y que se abrasa
Belisa de zelos.
Juan. Cielos!
no me dexaba sin causa
Belisa: el Conde la goza,
hoy hizo fin mi esperanza.
Tello. Vámonos de aquí, señor,
que si esto adelante pasa,
te han de sentir, y vendreis
los dos á sacar la espada.
Juan. Hay mas que matarle?
Tello. Cómo?
matar, eso que no es nada,
y despues á caballito
huyendo por las Italias,
ó por dicha, tú en teatro
lucífero, yo en la maca,
que llaman *finibus terræ*,
cantando con media caxa
al sol del remifasol
con dos pasos de garganta.
Cond. Belisa, yo no he querido
á Lucinda, porque fué
su enredo contra mi fe,
sus zelos contra mi olvido:
y porque veais que he sido
tan galan como señor,
desde aquí dexo el amor,
sin admitirle jamás,
que no es bien, que pueda mas
mi gusto, que mi valor.
Y aunque sea á mi despecho
si vos pretendeis casaros,
como decis, estorvaros,
siendo quien soy, no es bien hecho;
hoy haré salir del pecho
mi esperanza, sin que espere
mas que el bien que vuestro fuere,
porque no quiere, ni es justo
el que quiere mas su gusto,
que el honor de lo que quiere.
Hoy viene al suelo la torre
de mi necio y loco amor,
que contra vuestro rigor
el ser quien soy me socorre,
que tambien amor se corre
de ser mal agradecido,
viendo, señora, que he sido
sobre necio y porfiado,
para galan desdichado,
y grande para marido.
Palabra os doy de ayudaros
con el que lo fuere vuestro,
con que presumo, que os muestro
tanto amor como en dexaros:
con esto pienso obligaros,
sin volveros á cansar,
que un hombre, que con amar
nunca pude merecer,
quando cansan con querer,
obliga con olvidar.
Bel. Alumbra á su Señoría,
Finea.
Cel. Valor notable!
Cond. Quién está aquí? alumbra.
Bel. Cómo?
gente en mi casa?
Juan. No saque
la espada Vueseñoria.

Empuña la espada, y tercia la capa.

Cond. Cómo no, viendo esperarme
detras de un cancel dos hombres?
Belisa, traiciones tales

con un hombre como yo?
Bel. Ay desdicha semejante!
Celia, qué es esto?
Celia. Que al Conde
puse yo donde le hallaste
es verdad, no los demas.
Juan. Señor Conde, no os espante
esta locura de amor.
Cond. Amor no puede espantarme,
que juzga mal de la culpa
quien en ella tiene parte:
admírome de Belisa,
que con tantos ademanes
y melindres, en su casa
tenga hombres á horas tales
escondidos en canceles:
y así para no empeñarme
en mas de lo que es razon,
porque no es justo que os mate
por delito de marido,
y guardaos de que os halle
por casar, que vive Dios,
que todo el mundo no baste
á defenderos la vida.
Juan. Pues, señor, sin escucharme?
Cond. Es presto para paciencias,
y para disculpas tarde.
Vase, y Celia con él.
Juan. Es esta, ingrata Belisa,
la causa para matarme?
justamente enmudecias,
quando yo llegaba á hablarte:
justamente me cerrabas
las puertas; pero sin llaves,
supo entrar amor á ver
los agravios que me haces.
Paredes abren los zelos,
quando ve que no los abren:
que como los llaman linces,
no hay cosa que no traspasen;
jurisdiccion son de amor
todos los verdes lugares,
al jardin debo el que tuve,
tanto un desengaño vale.
A las quatro de la noche,
si es bien que noche se llame,
quando ya llama el aurora
á las puertas orientales,
un señor, en quien concurren
tan notables calidades,
en tu aposento á estas horas:
de tu casa el Conde sale?
Si en tu calle no hay vecino
que ahora esté por levantarse,
y echas en la calle un hombre,
cómo quieres tú que calle?
En la calle no hay secreto,
que en llegando á despejarse
tanto el honor, no presumas
que guarden secreto á nadie.
Si amabas á Don Enrique,
dí, para qué me engañaste?
que nunca fué valentia
ser las mugeres mudables;
dexárasme con Lucinda,
mal por mal, nunca tan tarde
hombres en su casa hallé
de quien pudiese quejarme.
Desde tu casa me voy
á Aragon, para olvidarte,
Dios me libre de Castilla,
para conocerla baste,
que el exemplo de tu amor
me castigue y desengañe.
Si volviere á verla, cielos,
traidora espada me mate,
ó el mas amigo me venda,
y el mas obligado pague
con malas mis buenas obras,
y á mi enemigo se pase.
Perdone el hábito el Rey,
que ya con tantos pesares
me han dado Santiago zelos,
y es mejor morir en Flandes.
Bel. Acaba vuesa merced
su plática lamentable?
tiene esa larga oracion
epílogo que la ensarte?
Ha de haber no has visto, y esto
con que acaban los Romances
para la vulgar chacota,
que llaman versos finales?
quánto apacible severo?
quánto tierno inexôrable?
quánto rendido tirano?
y quánto humilde arrogante?

Prosiga vuesa merced.
Juan. Burlas en veras tan grandes?
quando agravios niñerías?
y quando rabias donaires?
Bel. Gentil hombre Aragonés,
el de la ley del encaxe,
Juan por la gracia de Dios,
Cardona por lo picante:
si habemos de hablar de veras,
si se han de tratar verdades,
si descubrirse los pechos,
si las almas declararse:
diga, Rey, si vino aquí
su Ninfa, que Dios le guarde,
aquella á quien solo faltan
las alas para ser ángel?
aquella, que escribe en culto
por aquel Griego lenguage,
que no le supo Castilla,
ni se le enseñó su madre:
aquella en fin, cuyos ojos
llaman á tantos galanes,
que es el bulto de la Corte,
quiera Dios que se los saquen;
y me dixo, que le rompe
las puertas con ansias tales,
y con ruegos tan humildes,
que de lástima le abre:
que se desmaya en su estrado,
no es mucho que se desmaye,
pues llora con vigotera,
y hace pucheros infantes.
Cómo quiere el buen Cardona,
y con la boda que añade
en este papel su Ninfa,
que sufra yo que se case,
porque mañana ha de ser,
y me pide la ignorante
vestidos para la boda,
miéntras los suyos se acaben?
Váyase vuesa merced,
que ya es de dia, á acostarse,
porque para desposado
sin ojeras se levante,
y para hacerse la barba,
que es capitulo inviolable
para ser mas mozo el novio,
y la señora enrizarse.
Y sepa que ha sido exemplo
entre mugeres leales,
porque la que sale firme,
es roca al mar, palma al ayre.
No truxe al Conde á mi casa,
que ausente yo, pudo entrarse
en ella, si culpa tuvo
Celia, entre los dos la saben.
La prueba de estar ausente
es haber ido á buscarle,
y deberme ya dos vidas,
que porque no le matasen,
la mia puse á peligro
con quatro espadas delante,
con las armas que temiéron
los que quisiéron matarle.
Es esto, como presume,
echar en la calle amantes?
es esto mudar de fe?
es esto ser inconstante?
es esto tener yo culpa
de ausentarse ú de casarse?
por mí se vuelve á Aragon,
y desde Aragon á Flandes?
La joya le dí á Lucinda
de aquel fenix de diamantes,
que para mí mueren fenix,
y para Lucinda nacen:
no responde?
Juan. Apénas puedo!
Tello. Y tú, no tienes que darme
alguna disculpa?
Fin. Tello,
pellejo de zorra traes
con la barbada mesura,
con el cansado desayre,
que habiendo sido de Fabia
pretensor fregonizante,
me pide que dé disculpa?
Tello. De Fabia yo?
Fin. Pues negarme
quieres la verdad?
Tello. Yo? *Fin.* Sí.
Tello. Plega á Dios que me desgarre
un oso las pantorrillas,
ó que mi dinero en parte
le ponga, que esté dudoso,
pues hay cofres que le guarden;

ó que sacando un vestido
me pida despues el sastre
mas seda y mas guarnicion,
ó que por Diciembre pase
en un rozin sin espuelas
por la calle de Xetafe,
y que de lerdo y mohino
en cada meson me pare,
ó que tenga un pleito en quien
paciencia y dineros gaste,
que es maldicion, en que todas
quantas tiene el mundo caben.

Juan. O Belisa, qué habrá que no se intente
con zelos? yo estoy ya desengañado,
si tú lo estás, su necia envidia aumente
amor, que tantas penas te ha costado:
la vida que te debo justamente,
miéntras viviere, me tendrá obligado,
tú mira cómo quieres, y en qué parte,
pueda satisfaciéndote vengarte.
Que como ahora sale el claro dia
por la boca del sol, y va rompiendo
la oscura sombra de la noche fria
abriendo flores, y cristal luciendo,
á tus ojos saldrá la verdad mia
la noche de Lucinda descubriendo,
y entónces los regalos, los amores,
unos serán cristales, y otros flores.
Puedo hacer mas, que pueda tu deseo
hacer de mí?

Bel. Yo quedo satisfecha,
y que es enredo de Lucinda creo,
mas todo sin vengarme, qué aprovecha?
que en el estado que mis cosas veo,
y para deshacer toda sospecha,
tú has de ser dueño en fin de mi esperanza,
de la satisfaccion y la venganza.
Yo te diré el engaño que he pensado
para salir de todo con victoria.

Juan. A obedecerte estoy determinado,
en zelos, en amor, en pena, en gloria.

Bel. Pues vete, y vuelve, y ten de mí cuidado.

Juan. Cómo podrá faltar de mi memoria?

Bel. A Dios, Don Juan.

Juan. Muriendo me desvio.

Tello. A Dios, zampoña.

Fin. A Dios, tabaco mio. *vanse.*

Salen el Conde, Lucinda y Fabia.

Luc. Notable resolucion!

Cond. Si me sucediera bien;
mas fué mayor su desden,
que su atrevida aficion.

Luc. El oro en toda ocasion
es el primer movimiento.

Cond. Celia en su mismo aposento
me dió bastante lugar,
pero no supe igualar
mi dicha á mi atrevimiento.
Pero quién pudiera creer,
que fuera de casa estaba
Belisa, quando llegaba
la noche á dexar de ser?
no tuvo que defender
de mis locos desatinos,
que nací (quando mis sinos
fuéron encontrados vandos)
donde enloquecen Orlandos,
donde no fuerzan Tarquinos.
Qual suele un desafiado,
que á su contrario esperó,
que hasta que venir le vió
blasonaba confiado,
y en viéndole, de turbado
mudarse descolorido;
pues así mi amor ha sido
hasta que á Belisa ví,
que en viéndola me rendí
ántes de haberme rendido.
Salí muy necio en efeto,
y es, porque entré confiado,
aunque un hombre despreciado
cómo puede ser discreto?

hallé, escuchando en secreto
al salir vuestro Don Juan,
disculpa los dos me dan,
si deste nombre se llama,
tener en casa la dama
á media noche el galan.
Enojéme con razon,
mas llegando á conocer,
que se pudiera ofender,
su crédito y opinion,
no puse en execucion
con entrambos mi pesar,
que ni á él le dexé hablar,
ni á ella despues mentir,
porque no queda que oir,
en no habiendo que esperar.

Luc. Yo me canso injustamente,
él la adora, qué porfio?

Cond. Ay del pensamiento mio,
que mayor agravio siente!

Sale Fabia.

Fab. Si no parece que miente
sombra de imágen incierta,
tu Don Juan está á la puerta.

Luc. Qué Don Juan?

Fab. El de Cardona.

Luc. El mismo?

Fab. El mismo en persona.

Luc. Esté mil veces abierta.

Salen Don Juan y Tello.

Juan. Huélgome de hallar aquí,
señor, á Vueseñoría,
no para disculpa mia,
si es que anoche le ofendí,
sino porque de Belisa
traigo á los dos un recado.

Luc. Buen mensagero ha buscado.

Cond. Qué me manda?

Luc. Qué me avisa?

Juan. Díxome, que en un papel
(que Lucinda le escribió,
que por eso me llamó
para darme parte del)
la escribe, que hoy se desposa,
que á tanta ventura tengo,
que yo propio á daros vengo
las gracias, Lucinda hermosa,
y que en razon del vestido,
que le honreis tiene á favor
sus galas, con el mejor,
y que nunca le ha servido.
Y os envia á suplicar,
que de su mano tocada
salgais á ser envidiada,
y á no tener que envidiar,
y que si tambien quereis
(tanto desea obligaros)
en su casa desposaros,
de ser madrina la honreis.

Luc. Para deciros verdad,
picarla fué mi deseo,
pero ya despues que veo
la vuestra, y su voluntad,
hallo, que lo que ha de ser
por de burlas que se intente,
viene á ser por accidente.

Cond. Y yo acabo de entender,
que Belisa no tenia
á Don Juan amor perfecto,
porque todo ha sido efecto
de su misma bizarria:
que su extraña condicion
la obligaba á darle zelos
á Lucinda.

Juan. De los cielos
era justa obligacion
favorecer mi verdad.

Luc. Por obligaros ha sido
fingir mi amor tanto olvido,
y desden tanta lealtad:
oh quanto en amor alcanza
la porfia y la razon,
pues convierte en posesion
la mas perdida esperanza!
Iré en casa de Belisa,
pues de hacerme tal favor
con tan buen embaxador
por mas crédito me avisa:
y suplíco al señor Conde,
que se halle á honrarme tambien.

Cond. Con daros el parabien
mi obligacion corresponde;
juntos nos podemos ir.

Luc. Dadme la mano, Don Juan.

Tello. Novio y padrino se van;

tienes algo que decir?
Fab. Que envidio los desposados,
Tello, por quererte bien.
Tello. Dame la mano tambien.
Dios nos haga bien casados. *vanse.*

Sale Belisa muy bizarra, y Celia.
Cel. No te espante que pregunte
para qué es tan nueva gala,
y vestirse á tales horas?
Bel. Celia, mis locuras andan
por acabar de una vez
con esta necia esperanza:
nací con inclinacion
á todo amor tan contraria,
que no pensé que en mi vida
á querer la sujetára
discrecion y gentileza;
pero no hay soberbia humana,
sin contradiccion divina.
Fundé mi loca arrogancia
en que no hubiese muger,
que no rindiese las armas
á mi libre entendimiento;
y estoy tan desengañada,
que no solo amor castiga
con tantas zelosas ansias
mi libertad, pero ha hecho
que se burle la ignorancia
de mi altiva presuncion;
de suerte que no me agravia
tanto en quitarme á Don Juan,
como en que piense muy vana,
que rinde mi entendimiento;
y si ahora no me falta,
de los dos agravios pienso
hacer á un tiempo venganza.
Cel. No sé si aciertas.
Bel. Yo sí.
Cel. Ya te dixe la mañana
que fuimos las dos al soto,
que el amor te castigaba
tanto desden y desprecio.
Cel. Coche á nuestra puerta pára:
si la desposada viene,
ninguna ventura iguala
á sacar burla de burla,
y venganza de venganza.

Sale Finea.
Fin. Una galera de tierra,
con clavos de oro por jarcias,
cortinas por altas velas
de tela riza de nacar,
y por remos que le mueven,
quatro cisnes de Alemania,
con la señora Lucinda
en tu portal desembarca.
Bel. Viene muy hermosa?
Fin. Viene
contenta.
Bel. Bien dices, basta,
no hay muger alegre fea,
ni triste hermosa.
Fin. Ya amaynan.

Salen Lucinda, Fabia, el Conde, Don Juan, Tello, y criados acompañando.
Bel. Vuesamerced, mi señora,
honre aquesta humilde casa
mil veces enhorabuena.
Luc. Vuesa merced otras tantas
favorezca mi humildad.
Bel. Tan bien vestida y tocada
ya no querrá que la sirva
con cuidado, ni con galas.
Luc. No ha sido por no tener
del favor desconfianza,
mas por escusaros pena.
Cond. Todo cumplimiento cansa:
resta, señora Belisa,
pues aquí nos acompañan
tantos criados, que sean
testigos de que se casan
Lucinda y Don Juan.
Bel. Quién? cómo?
Cond. Lucinda y Don Juan.
Bel. Extraña
novedad! quién os lo dixo?
Luc. Cómo quién? ahora acaba
de decírnoslo Don Juan.
Bel. Don Juan, ó el sentido os falta,
ó no me entendistes bien,
que yo á decir enviaba,
que viniese á ser madrina,
quien viene á ser desposada.

tienes algo que decir?
Fab. Que envidio los desposados,
Tello, por quererte bien.
Tello. Dame la mano tambien.
Dios nos haga bien casados. *vanse.*

Sale Belisa muy bizarra, y Celia.

Cel. No te espante que pregunte
para qué es tan nueva gala,
y vestirse á tales horas?
Bel. Celia, mis locuras andan
por acabar de una vez
con esta necia esperanza:
nací con inclinacion
á todo amor tan contraria,
que no pensé que en mi vida
á querer la sujetára
discrecion y gentileza;
pero no hay soberbia humana,
sin contradiccion divina.
Fundé mi loca arrogancia
en que no hubiese muger,
que no rindiese las armas
á mi libre entendimiento;
y estoy tan desengañada,
que no solo amor castiga
con tantas zelosas ansias
mi libertad, pero ha hecho
que se burle la ignorancia
de mi altiva presuncion;
de suerte que no me agravia
tanto en quitarme á Don Juan,
como en que piense muy vana,
que rinde mi entendimiento;
y si ahora no me falta,
de los dos agravios pienso
hacer á un tiempo venganza.
Cel. No sé si aciertas.
Bel. Yo sí.
Cel. Ya te dixe la mañana
que fuimos las dos al soto,
que el amor te castigaba
tanto desden y desprecio.
Bel. Coche á nuestra puerta pára:
si la desposada viene,
ninguna ventura iguala
á sacar burla de burla,
y venganza de venganza.

Sale Finea.

Fin. Una galera de tierra,
con clavos de oro por jarcias,
cortinas por altas velas
de tela riza de nacar,
y por remos que le mueven,
quatro cisnes de Alemania,
con la señora Lucinda
en tu portal desembarca.
Bel. Viene muy hermosa?
Fin. Viene
contenta.
Bel. Bien dices, basta,
no hay muger alegre fea,
ni triste hermosa.
Fin. Ya amaynan.

Salen Lucinda, Fabia, el Conde, Don Juan, Tello, y criados acompañando.

Bel. Vuesamerced, mi señora,
honre aquesta humilde casa
mil veces enhorabuena.
Luc. Vuesa merced otras tantas
favorezca mi humildad.
Bel. Tan bien vestida y tocada
ya no querrá que la sirva
con cuidado, ni con galas.
Luc. No ha sido por no tener
del favor desconfianza,
mas por escusaros pena.
Cond. Todo cumplimiento cansa:
resta, señora Belisa,
pues aquí nos acompañan
tantos criados, que sean
testigos de que se casan
Lucinda y Don Juan.
Bel. Quién? cómo?
Cond. Lucinda y Don Juan.
Bel. Extraña
novedad! quién os lo dixo?
Luc. Cómo quién? ahora acaba
de decírnoslo Don Juan.
Bel. Don Juan, ó el sentido os falta,
ó no me entendistes bien,
que yo á decir enviaba,
que viniese á ser madrina,
quien viene á ser desposada.

Luc. Madrina? de quién?
Bel. De mí;
y que al Conde suplicaba
me honrase y favoreciese,
como me dió la palabra.
Díxeos esto?
Juan. Así es verdad,
mas mi turbacion fué tanta,
que erré el recado; mas tengo
disculpa, si me le pasan
por la necedad primera.
Luc. Ha sido necia venganza,
pero yo la tomaré
de los dos, solo me espanta,
que esto sufra el Conde.
Cond. Yo
tengo, Lucinda, empeñada
la palabra: deteneos,
y pues que tambien me agravian,
consolaos conmigo, y dadle
por mi, pues ya los aguarda,
el parabien con los brazos.
Luc. Mas vale volver burlada,
que corrida: yo los doy.
Bel. Yo á vos tambien con el alma;
quedemos las dos amigas,
y el señor Don Juan, que calla,
me dará la mano á mí,
pues que con tan buena gracia
erró el recado.
Juan. Yo hice
lo que mi dueño me manda.
Tello. Y yo me agarro á Finea,
perdone, señora Fabia:
que he menester esta alcorza:
con esta mano te llama
mi amor, qué aguardas?
Fin. Ay, Tello!
esa es mano, ó es patata?
Bel. Senado ilustre, el Poeta,
que ya las musas dexaba,
con deseo de serviros
volvió esta vez á llamarlas,
para que no le olvideis;
y aquí la comedia acaba.

FIN.

Se hallará en la Librería de Castillo, frente las Gradas de S. Felipe el Real, y en el Puesto de Sanchez, calle del Príncipe.